

Literatura, americanismo y humanismo en Jesús Semprún*

Literature, americanism, and humanism in Jesus Semprun.

Rene Arias Riera
Universidad del Zulia
Maracaibo - Venezuela

* El presente trabajo forma parte del Programa de Investigación. La intelectualidad venezolana del primer tercio del siglo XX ante la condición humana, financiado por el Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico (CONDES) de la Universidad del Zulia.

Resumen

En el siguiente artículo tratamos de rastrear en la producción teórica y literaria del destacado médico y escritor zuliano Jesús Semprún (1882-1931), sus ideas fundamentales acerca de la literatura, el americanismo, y la organización social, así como la presencia de los diversos componentes humanistas en las reflexiones ofrecidas a lo largo y ancho de toda su trayectoria intelectual.

Palabras clave:

literatura; crítica literaria; americanismo; Latinoamérica; historia.

Abstract

In the following article we try to delve into the literary and theoretical works of the renowned Zulian physician and writer Jesús Semprún (1882-1931) searching for his ideas about literature, americanism, and social organization, as well as the presence of diverse humanist elements in the reflections he made throughout his intellectual life.

Key words:

literature; literary criticism; americanism; latin America; history.

1. Notas Biográficas

Este intelectual venezolano, de amplio bagaje cultural, nació en San Carlos del Zulia, al sur del Lago de Maracaibo, el 26 de septiembre de 1882. A los 10 años se traslada junto con sus padres a Maracaibo, donde realiza estudios de primaria y de bachillerato. A los 16 años inicia estudios de Medicina en La Universidad del Zulia, institución que recién había abierto sus puertas (1891).

Sin embargo, sus estudios en el campo de la salud los comparte con sus grandes inquietudes literarias, las cuales lo llevan a fundar en 1901 la revista *Ariel*¹, junto a un grupo de jóvenes zulianos, entre los que destacan Emiliano Hernández, Elías Sánchez Rubio y Rogelio Illaramendi, denominados los mechudos².

La clausura de La Universidad del Zulia en 1904, por órdenes de Cipriano Castro, Presidente venezolano de aquel entonces, le impide obtener su grado de Médico, situación que lo obliga a trasladarse a Caracas para cristalizar su anhelado título de Doctor en Medicina en la Universidad Central de Venezuela en 1905, luego de haber defendido su trabajo de tesis; *La Paranoia Persecutoria*, temática con la que se inician los estudios de psiquiatría en Venezuela.

Sus inquietudes literarias y periodísticas lo alejan de la medicina y pronto, en 1906, se incorpora al equipo de redacción de *El Cojo Ilustrado*, responsabilidad que mantuvo hasta 1914, llegando a alcanzar allí fama como crítico literario.

De la misma manera, colabora sucesivamente con periódicos y revistas nacionales e internacionales, entre los que destacan: *El Universal*, *El Estado*, *El Constitucional*, *El Nuevo Diario*, *La Revista*, *Actualidades*, *Atenas*, *Cultura Venezolana*, etc. En 1909 funda el Partido Progresista de efímera existencia y dos años después, la revista *Sagitario*, también de corta vida. En 1913, dicta cursos de literatura en la Universidad Central de Venezuela.

Para 1918, la Academia Venezolana de la Lengua le ofrece ocupar la vacante del sillón dejado por Antonio Guzmán Blanco³, ofrecimiento que rechaza ya que era poco dado a las formalidades ostentosas.

En 1919, por su abierto rechazo a la dictadura de Juan Vicente Gómez, se ve obligado a emigrar a Nueva York, donde reside hasta 1926, período en el que mantiene su dinámica literaria y periodística, la cual va a estar avalada por sus innumerables colaboraciones en los diarios: *The World*, *The Herald Tribune*, *Boletín de la Unión Panamericana*, *La Reforma Social*, así como en *Panorama* y *Alma Latina* de Maracaibo y el *Heraldo* de Caracas.

Al regresar a Caracas, en 1926, mantiene sus líneas de trabajo, participando de todos los géneros literarios, pero sobre todo en el campo de la crítica literaria. La Universidad Central de Venezuela, a través de su facultad de Filosofía y Letras, le ofrece el cargo para regentar la cátedra de Literatura Antigua e Historia, responsabilidad que no pudo asumir por su delicado estado de salud.

Para 1931, este librepensador, discípulo del destacado y brillante maestro Francisco Eugenio Bustamante⁴, trata de sobrevivir económicamente apoyándose en su condición de Médico.

No obstante, el nivel de deterioro de su salud ya era irreversible y muere en Caracas rodeado de la miseria más espantosa y en el total olvido. Parte de sus obras han sido recopiladas en antologías como *Crítica Literaria y Visiones de Caracas y Otros Temas*.

2. Literatura, americanismo y humanismo en Jesús Semprún

En la obra literaria de Jesús Semprún se pueden evidenciar claras influencias del positivismo venezolano de fines del siglo XIX, aun cuando debemos destacar que sus líneas recogen elementos propios de otras corrientes conocidas de la época, tales como el evolucionismo spenceriano, el vitalismo, el historicismo, y el modernismo, entre otros.

Esta confluencia doctrinaria en su obra⁵ hace de ella un texto de complicado acceso, mostrándose a veces contradictorio pero que en realidad es el reflejo de una vida consagrada a reflexionar en torno a los problemas fundamentales que interpelan a la condición humana y a la cotidianidad.

Si algo caracteriza el pensamiento de Jesús Semprún, al menos en gran parte de su trayectoria, es su recta actitud tolerante y manifiesta confrontación a todo fundamentalismo. Consecuente con ello, se considera abierto a todas las corrientes del pensamiento universal, no significando de esta manera que se abstenga de formular fuertes cuestionamientos a dichas corrientes.

En ese sentido, podemos destacar que en una primera etapa, iniciada a raíz del nacimiento de la revista *Ariel* en Maracaibo (1901), hasta los albores de la Primera Guerra Mundial, es evidente en su pensamiento la presencia de elementos martianos, rodonianos, y del vitalismo, entre otros, además de notarse un esquema coherente en su producción teórica y literaria.

Esos elementos se expresan en una marcada defensa e insistencia, optimista y esperanzadora, por convertir la literatura y otros géneros humanísticos en instrumentos realmente auténticos y orientadores de la

liberación, la unidad y la integración latinoamericana; por hacer de nuestra América un espacio autónomo y soberano, capaz de edificar sobre la base de su propia historia un orden social cimentado en el bien colectivo, la justicia, la libertad y la belleza; o dicho en otros términos, espiritualizado por la armonía y el amor a la vida.

De allí que subraye permanentemente la necesidad de que nuestros escritores abandonaran los factores extranjeros de la producción literaria, para sumergirse, cultivarse y alimentarse de nuestro mundo circundante, de la cotidianidad, de su entorno.

Efectivamente esa actitud obedece a la necesidad de reafirmar su compromiso con los aires renovadores que en el mundo de las ideas⁶ soplaban en el Continente Americano. Por eso sostiene:

Los exotismos son ya inaceptables y a las personas sensatas les parece lo más sabio, conformamos con lo que tenemos al alcance de los sentidos, sin andar pidiendo catufos en el golfo.

Lo más sabio es acercarse a la tierra natal que tenemos tan próxima, para robustecernos el corazón y la cabeza con su amor; lo más sabio es besar la boca colorada de la morena campesina que vive a nuestro lado, antes que ponernos a soñar en princesas fantásticas, cuyo beso de ilusión no llegará nunca, creedlo, ¡nunca!⁷.

Sin duda alguna, esa es una de las respuestas ofrecidas por el intelectual zuliano a la tendencia literaria del parnasianismo, y a gran parte del romanticismo.

Con el aire que respira, con el azul del cielo que lo cubre y el estiércol que está a sus pies ha de preparar el poeta la médula de su poesía. Y en ella poner lo que piensa, lo que ansía y/o que padece la humanidad⁸.

De esos pasajes podemos deducir la intención presente en Semprún, de reivindicar en la productividad creativa los temas de carácter autóctono, en no ser insensibles e indiferentes con lo que sucede a su alrededor, en destacar la mirada hacia ese ser humano imbuido en sus tradiciones, sus costumbres y alentarlo en la esperanza, porque vivir la vida es comprenderla mejor⁹. Por lo tanto, debemos convertir el mundo que nos rodea en espacio reflexivo para la consecución de la verdad, el bien y la belleza¹⁰.

Para este seguidor de *Ariel*, la literatura nunca debe perder su dimensión axiológica, pues, bebiendo siempre de la fuente de la vida, de la realidad, del entorno, ha de contribuir innegablemente a la felicidad de los hombres de nuestra América. En el sentido vitalista que

le imprime a sus análisis y reflexiones, comparte con otros literatos que la poesía de papel pertenece al pupitre; la verdadera, la viva, está en la vida y a ella sola le está permitido elevarse a la cumbre. El mal no está sino en quien se sienta en el pupitre, en el interpretador de la vida¹¹.

Rompiendo con el esquema tradicional de la crítica literaria, la llegó a concebir, no como un nuevo ejercicio gramatical o estilístico, que reduce el análisis de las obras a un juego de signos y símbolos totalmente deshumanizados y descontextualizados, sino como una labor hermenéutica que busca el verdadero fondo estético, ético, la proyección histórica y los cambios suscitados en la literatura nacional y universal.

Su propuesta crítica, tal como lo afirma el poeta y periodista venezolano Ali Lameda, significa un método más humano, más noble y delicado. Una nueva sensibilidad estética. Una forma de análisis, de interpretación, de esfuerzo hermenéutico que supera la censura, para colocar la obra en su justo lugar.

La producción literaria y, en este caso, la poesía, señala Semprún, no debe servir para aislarnos del mundo, para cantar fantásticos infortunios, olvidándonos de aplicar la oreja al corazón de la humanidad¹².

Esas observaciones las dirige el intelectual zuliano al romanticismo venezolano, que lejos de cultivar una literatura para la acción, asumió el aislamiento como refugio de individualidades desencantadas que buscaban en sí mismas la dicha. Era la respuesta al fracaso, en todos los órdenes, que sobrevino luego del proceso independentista. Era un canto contemplativo y resignado. Voz apagada, temblorosa, monótona, les dice Semprún.

Asimismo, concibe la acción como complemento del pensamiento, sin que haya subordinación de uno por la otra. En él siempre está latente la preocupación por evitar sumergirse en la atmósfera contemplativa que no se interesa en lo que acontece a su alrededor. Al mismo tiempo, la apología a la vida práctica no significa un desprecio hacia la teoría, por lo que más bien propone una suerte de equilibrio.

La vida se asume entonces, no pragmáticamente o con un comportamiento basado en ventajas, sino con una conducta cimentada en valores. Por ello llega a sostener que el compromiso social ha de hacerse a cambio de nada. No pensar en recompensa material del dinero. Allí está el ejemplo de los libertadores. Ellos, en sus jornadas prácticamente renunciaron a la vida, se entregaron en cuerpo y alma a un proyecto de libertad y ese era su máximo anhelo, lo demás era secundario. Despreciaron la vida, en función de la vida misma, de un

proyecto de utopía, ellos abrazaban otro mundo de relaciones con sus defectos, vicios y virtudes¹³.

Esa tesis de convertir la literatura y el pensamiento en instrumentos de acción social, en arma concientizadora para la ruptura con cualquier tipo de dominación, en definitiva: para la liberación, representa una característica fundamental de la trayectoria intelectual de Jesús Semprún. Así lo confirma el análisis que hace del famoso poema del literato venezolano Andrés Mata, denominado *Pentélicas*:

...allí el poeta se olvida de si mismo para pensar en la gente que lo rodea, que con él sufre y trabaja y se siente descontenta y oprimida en este mundo... él se convierte en el verdadero poeta civil... allí está la alegría... allí están los ensueños de nuestra adolescencia, los ideales de nuestra generación...¹⁴.

La interpretación que Jesús Semprún hace del poema *Pentélicas*, es por supuesto mucho más densa, pero baste este pasaje para reafirmar los comentarios que hemos venido desarrollando. El texto presente muestra claramente el sentido asignado a la crítica literaria, como es el de rastrear en la producción intelectual la relación de la obra con sus significados, su trascendencia y valor social.

De igual manera notamos en esas líneas de Semprún la total identificación con una forma de pensamiento que reivindica el optimismo, la esperanza, la libertad y la ruptura con lo tradicional y arcaico, que en su dimensión axiológica asume la defensa del otro o, como a él le gustaba decir, que escribe con el corazón en la mano.

La base de esas convicciones teóricas lo llevaron a manifestarse de manera reiterada sobre el rol y los desafíos que se imponían a los pueblos de nuestra América. De allí que haga del americanismo una doctrina que permea todo su universo discursivo. En ese sentido, reflexionando con marcada preocupación establece: los pueblos de nuestra América han sido divididos y, de manera premeditada, le han promovido guerras y rencillas menudas, evitando así la integración, que sería la única fuerza real e incontrastable de la América española¹⁵.

La unidad de los pueblos latinoamericanos se perfila en Semprún como la alternativa para la cristalización de un proyecto que les permita salir del anquilosamiento en que se encuentran. De esos lineamientos es fiel militante y gran promotor. Fortaleciendo la unidad, la armonía marcharemos hacia el porvenir –sentencia–, porque entre otras razones tenemos como factor coadyuvante la gran ventaja del lenguaje común, al cual debe sacársele mucho provecho. Lo que falta es voluntad y compromiso político para ver concretado el proyecto unitario de nuestra América, el soñado por Miranda, Bolívar y otros¹⁶.

Al igual que otros intelectuales latinoamericanos de su tiempo, Semprún se manifiesta como un abierto crítico de la sociedad norteamericana y es lógico que así sea pues no olvidemos que se considera heredero de los planteamientos del escritor uruguayo José Enrique Rodó y consecuente con ello, sostiene que: Forzar nuestro modo de ser social político para encajar dentro del molde federativo y democrático de los Estados Unidos, país de otra raza, de otra historia, de otra religión y costumbres y hasta de otra moral diaria, sería sofocar en nosotros mismos aquellas vivas fuerzas autóctonas ¹⁷.

Efectivamente, de esta cita se desprende la insistente inquietud ancestral de los latinoamericanos por construir su propio rumbo, su propio destino y su propia historia, sobre bases que respondan genuinamente a su quehacer cotidiano. Por lo tanto, no tiene sentido copiar o trasladar otros moldes, otros tipos de convivencia a Latinoamérica.

Y es que Semprún, continuando en esa línea de confrontación contra el orden norteamericano considera absurdo tomar el modelo de esa sociedad como referencia por excelencia de las relaciones intersubjetivas para ser copiadas por los hispanoamericanos. Nueva York y Chicago son metrópolis acreditadas por la locura del lucro y la manía del oro por el oro ¹⁸, allí no hay arte, no hay ideales. Además, en los Estados Unidos, más que ningún otro Estado de la tierra es ancha y devoradora la llaga de la venalidad de los gobernantes, los partidarios de la intervención son los que alcanzan el favor, el halago oficial ¹⁹.

Nuestro autor parte del criterio de que ningún país tiene el derecho a humillar ni colonizar a nadie, y atentaría contra nuestro principio de autodeterminación, pretender aceptar o creer que la intervención del Tío Sam en nuestras tierras sea la tabla salvadora de nuestros males ²⁰, como también constituye un bochorno y una afrenta, un mercado vil, aceptar dinero por Panamá; estas cosas de independencia son las que no se compran nunca decorosamente, sino a costa de esfuerzos, sangre y sacrificios propios ²¹.

Es notoria la opinión adversa hacia los Estados Unidos por parte del intelectual zuliano. Sus opiniones representan una respuesta, tanto a los gobernantes como a algunos intelectuales latinoamericanos, que consideraban pertinente y necesario aceptar la tutela o extrapolar el esquema político y económico de los Estados Unidos hacia América Latina, sin tomar en cuenta que son realidades totalmente diferentes. La América española e indígena no puede ser presa de codicias extranjeras... ²² y los pueblos latinoamericanos deben armarse para defender su decoro, su soberanía. No armarse para despojar ni para invadir a nadie ²³.

En esos planteamientos evidenciamos, de manera clara e irrefutable, el rechazo categórico existente en el pensamiento de Semprún a cualquier pretensión impositiva de otras latitudes hacia nuestra América y llama a prepararse para defenderse de las intervenciones extranjeras, política muy afianzada por las potencias norteamericana y europeas en la fase previa a la Primera Guerra Mundial.

En ese mismo orden de ideas, pero con una perspectiva de apertura y entendiendo que el Norte significa un evidente peligro, considera necesario, para neutralizar su política rapaz, insistir y reiterar el llamado a la unidad latinoamericana, a la integración; y en el caso específico venezolano, traza unas líneas programáticas que pudieran orientar al país por derroteros superadores del atraso económico, social y cultural. En ese sentido, sus consideraciones sobre el *Canal de Panamá* son emblemáticas.

Luego de condenar la actitud de los Estados Unidos por apoderarse de Panamá, ofrece algunos lineamientos que, desde su punto de vista, son perentorios para iniciar la modernización en todos los órdenes de Venezuela. Por un lado, dice, debemos tomar en cuenta la ubicación estratégica del País para sacarle provecho desde el punto de vista material, industrial y cultural. Una de las ideas sería potenciar el comercio y con ello la ola inmigratoria (Italia-Alemania-Inglaterra), sobre la cual debe hacerse una rigurosa selección y establecer ciertas pautas que impidan que esos sectores, lejos de integrarse a nuestra cultura vengan con mentalidad colonizadora y con complejos de superioridad.

Con ellos, entendiendo el avance que han experimentado en varios aspectos, podemos iniciar el desarrollo del agro; preparar profesionales para atender la salud, la educación técnica, etc., pues, debemos trabajar por una patria culta y que sepa ganarse el respeto de los demás. El hacernos fuertes impedirá por otra parte, que otros vengan a despojarnos o a intervenir en estas tierras, pues nos encontrarán sólidos y unidos²⁴.

En las postrimerías del siglo XIX y primera mitad del XX es recurrente encontrar voces a favor de la inmigración selectiva como mecanismo para superar el atraso cultural y técnico que caracterizaba a América latina, destacándose entre ellas los textos de Sarmiento, César Zumeta, Justo Sierra, Gabino Barreda y tantos otros.

Sin embargo, se debe destacar que a diferencia de ellos, Semprún asume la inmigración como un elemento que provocaría su integración al ámbito latinoamericano y no como un proceso de colonización que europeos harían sobre nuestra cultura.

Desde ese mismo horizonte teórico, Semprún va a concebir que la juventud se constituye en la portadora del optimismo y la esperanza de cristalizar en el mundo un orden cimentado en la ética, o el fortalecimiento de la convivencia entre los seres humanos.

Con ello este seguidor de Rodó se presenta como un firme promotor de la idea de que la responsabilidad de dirigir y orientar el proceso histórico debe descansar en la juventud, la que a su entender es el sector evidentemente más dinámico, desinteresado y activo de la sociedad. Es por ello, que en el discurso proclamado a los estudiantes, el 15 de febrero de 1911, motivándolos a la acción y atribuyéndoles un papel especial en la sociedad, afirma, con vehemencia: Ustedes jóvenes serán la fuerza, la única fuerza posible de Venezuela, les aconsejo el optimismo y el horror a todo género de contemplación. En ustedes está el porvenir²⁵.

Siendo consecuente con esa línea de pensamiento que coloca al sector juvenil como protagonista de la sociedad, afirmará años más tarde que:

La naturaleza ha querido que la juventud sea amiga de las novedades. Ningún joven debe asombrarse por los cambios, las demoliciones, eso ha de quedarse a los viejos que se acostumbran a la cotidianidad...²⁶.

...Si los jóvenes llegaran a perder la esperanza en todo el universo habría sonado la última hora para la humanidad ²⁷.

En esos pasajes se evidencia en Semprún el trato esperanzador que históricamente la humanidad, desde tiempos lejanos, le ha atribuido a la juventud.

En este particular, así como lo sostuvo José Enrique Rodó, lo joven implica estar estrechamente vinculado a las dinámicas innovadoras y renovadoras del pensamiento y de las relaciones entre los seres humanos. Atenta contra la naturaleza, el hecho de que la juventud, piense y actúe de manera conservadora y no se atreva a trastocar o alterar las estructuras que impiden el paso hacia el progreso.

Esa firme convicción en el desarrollo y evolución de la humanidad llevan a Jesús Semprún, con su especial estilo modernista, a incursionar en el escabroso y subjetivo mundo historiográfico para afirmar que las reflexiones históricas han sido construidas sobre la base del interés de castas sociales o particularidades, las cuales, aparte de distorsionar la realidad y falsearla, manifiestan una superficialidad extraordinaria, obviando, en consecuencia, la trama que encierra el conjunto de relaciones intersubjetivas; la organización social, los

vicios, las pasiones, los deseos, los prejuicios, los amores y los odios, las cartas pasionales²⁸.

Muy importante parece ser esa reflexión de este intelectual zuliano, pues allí se formula, aunque con sus limitantes, una propuesta teórico-metodológica, que pudiera contribuir esencialmente en el proceso de reconstrucción histórica de la época colonial venezolana o latinoamericana; sobre todo, por lo que respecta a los aspectos económicos y políticos.

El abordaje de la realidad nos llevaría entonces, a tomar en cuenta diversos fenómenos de la vida que involucran a los seres humanos, con la finalidad de aprehender su *significación trascendente*, ya que nuestro ayer es la matriz del presente y del futuro y sin comprenderlo nunca podremos enterarnos del todo lo que somos o representamos, ni lo que deben ser o representar aquellos que nos sucedan en estos mismos lugares donde vivimos²⁹.

En ese orden, y asumiéndose fiel defensor de los ideales del humanismo en su dimensión axiológica, considera que debe enfrentarse la complicidad de aquellos que distorsionan la realidad, enmascarándola con mezquinos subterfugios y evadiendo la responsabilidad ante las demandas que impone la sociedad, refugiándose en los fríos ambientes de la contemplación y la abstracción absurdas.

En la visión historicista de sus reflexiones es manifiesto, sin embargo, el sello providencialista que imprime a sus consideraciones, como bien lo muestra su tratamiento de los grandes patriotas venezolanos en las batallas del proceso independentista y a los que califica de heroicos, casi predestinados, reiterando, además, que ellos se sacrificaron para hacernos libres y esa debe ser la prédica a utilizar para motivar al resto de la población a trabajar por la Nación.

Siguiendo los patrones de la visión providencialista de la historia, Jesús Semprún establece que los seres humanos se dividen, por un lado en almas elevadas y superiores, seres capaces, inteligentes, protagonistas históricos; y, por el otro, la muchedumbre, seres pasivos que, sin embargo, pueden jugar un papel estelar en la vida. En ese sentido, afirma: la muchedumbre no comprende el heroísmo, pero lo siente profundamente mejor que cualquier intelectual³⁰. En esto coincide con Martí, para quien solo las almas elevadas gustan toda la íntima belleza de ese mundo extramundano³¹.

Nótese bien que cuando Semprún se refiere a las elites, acuña el término comprensión como facultad intelectual, mientras el común lo que puede alcanzar es a desarrollar los sentimientos. La muchedumbre

está constituida por los seres pasivos de la historia, que no entienden de análisis, explicación o interpretación, ni son depositarios del logos, por eso reitera: al populacho hay que hablarles de acciones grandiosas, revestidas de matices pintorescos, deslumbrantes y sentimentales, exaltando a los héroes, así lo sentirán mejor y se motivarán para muchas actividades³².

La propuesta formulada por Semprún en el ámbito histórico, se resume en que debemos identificar a grandes rasgos las líneas evolutivas de nuestros pueblos evitando caer en trivialidades, precisando sus caracteres fundamentales y considerando las pugnas o confrontaciones como algo muy importante o un mal necesario, pues, de allí surgen resultados maravillosos; en ese sentido se puede presentar como ejemplo, el surgimiento de la democracia moderna y el régimen parlamentario y la civilización grecolatina de la antigüedad clásica³³.

En esa perspectiva, siguiendo el esquema gradual del desarrollo, considera que la evolución se establece como ley de la vida. Por eso sentencia: La humanidad debe evolucionar lentamente sin alterarse en nada. Cada época tiene su nivel de desarrollo. No caer en cambios bruscos, pues, se corre el riesgo, digámoslo así, de que si llegamos a alcanzar con prontitud todos los ideales, la humanidad sucumbiría, degeneraría en un rebaño hostigado por los peores fastidios. Si logramos temprano la perfección nos moriríamos de aburrimiento³⁴.

No queda claro, sin embargo en qué consistiría esa perfección o cómo saber que la hemos alcanzado. Tal vez no consideró necesario definirla por cuanto la historia nos llevará indefectiblemente a ella. La humanidad tiene sus etapas de niñez, de desarrollo y de madurez que no se pueden violentar y en caso de alterarse se revertirían en su contra. Incluso los sacrificios, el dolor y las guerras (no las revolucionarias, pues ellas alteran el ciclo natural) están contempladas en ese esquema teleológico de la historia, lento pero inalterable que viene a ser la ley de la vida³⁵.

Semprún sostiene, por otra parte, que las riquezas y los beneficios con los cuales cuenta la humanidad, son evidentemente producto de esa larga jornada de luchas, esfuerzos y sacrificios que se encuentran a lo largo del camino de la historia. Para lograr esos avances y desarrollo tecnológicos, la familia humana ha tenido que transitar por allí.

De la misma manera, con su especial respeto y confianza en la razón y al criterio de progreso, muy característicos de la modernidad, admite que este mundo es demasiado joven, y le faltan infinitos enigmas por descifrar, así como cosas por descubrir y conquistar. Para

Semprún el proceso histórico ocurre desde lo más simple y sencillo a lo más amplio y complejo. Por tales razones, señala:

Dolámonos de no poder contemplar; dentro de millones de años las maravillas que poblarán la tierra, los estupendos adelantos que habrán adquirido para esa época nuestros remotos herederos, los cuales acaso habrán conquistado entonces los poderes que la imaginación humana confirió a los dioses enemigos³⁶.

Efectivamente, con esos elementos el escritor zuliano refleja la concepción de la historia, en tanto proceso, es decir, como el despliegue lento pero sostenido de la humanidad hacia rumbos inexorablemente mejores, más complejos, más avanzados o superiores, en los cuales el protagonista está representado por el hombre, pero además, es un proceso que puede ser explicado y reflexionado adecuadamente.

Hay una meta hacia donde se mueve la historia, puesto que la vida del hombre como colectividad humana está formada por una cadena de sucesos que se producen indefinidamente, conservando siempre la relación de causa a efecto, la cual pasa, a su vez, a ser causa³⁷, por lo que es importante conocer el pasado para saber a donde nos dirigimos³⁸.

Si bien la historia, para Semprún, constituye un género del conocimiento sobre la dinámica de los seres humanos en sus diferentes fases de desarrollo, la misma tiene también para él un profundo sentido práctico y vitalista: la historia es maestra de la vida, porque enseña que no hay verdades escritas posibles: que solo la vida puede darnos en ciertos momentos reflejos de la verdad³⁹.

Jesús Semprún no permaneció ajeno al debate en tomo a las ideas políticas de su época. Esta constituyó una coyuntura de grandes definiciones sociales a nivel mundial en cuanto al modelo de organización política que mejor sintetizara los ideales de igualdad, libertad, justicia y felicidad propios del ser humano.

En abierta polémica contra el orden norteamericano y las tiranías o dictaduras, defiende la tesis de que el modelo organizativo que ha de imperar entre los seres humanos habría de ser el de la democracia participativa o el socialismo.

Sin embargo, está conciente de que del formidable movimiento que llaman socialismo muchas cosas no perdurarán, pero la esencia noble y pura de compasión, de humanitarismo, de anhelo por conseguir el mejoramiento de la especie, triunfará un día sobre los agrios escollos actuales: La confianza de ese triunfo cercano de la voluntad del

hombre sobre el dolor antiguo y fuerte, anima muchos pueblos. Sobre esas páginas corre un manantial de esperanzas...⁴⁰.

Semprún coincidiendo con algunos planteamientos del anarquista francés Joseph Proudhon, afirma que la propiedad nace del robo, del pillaje. Por eso los ricos navegan en la abundancia y los pobres sucumben en la miseria. La democracia liberal –señala más adelante– no es la alternativa para los sectores excluidos, pues ella se ha petrificado en una organización social despótica e injusta como los viejos órdenes.

De allí la necesidad de las luchas obreras contra esas barreras bloqueadoras de su desarrollo: El capitalismo, el imperialismo, el parlamentarismo. Contra todo eso lucha y debe luchar la clase obrera; se trata de llevar a cabo una Revolución Social en función del reparto equitativo de los bienes; de lo que hace poco se veía como utopía y ensueño, pero pronto se verá cristalizado.

No obstante, moderado en su concepción socialista, establece que el triunfo del proletariado no debe ser para crear una nueva clase opresora y en consecuencia la clase obrera ha de plantearse formas alternas de coexistencia con la burguesía⁴¹.

Esas líneas del intelectual zuliano reflejan la creencia optimista de que, para evitar los desmanes y las injusticias cometidas contra la inmensa mayoría de los seres humanos, la organización del poder político debe descansar sobre la base de la distribución justa y adecuada de los bienes materiales y sobre la solidaridad social, evitando siempre los factores provocadores de su degeneración o desviación.

Sin embargo, a pesar de las ideas claras, coherentes y optimistas formuladas por Semprún, hay otra etapa de su vida, marcada por el inicio de la Primera Guerra Mundial, en la cual aparecen evidentes contradicciones, manifestándose cierto pesimismo. De allí que sostenga:

En la historia de la raza humana está presente el viejo lobo de la máxima hobbesiana, la agresiva y violenta fiera ancestral, dormita sólo domeñada a medias, hambrienta y rencorosa, en las multitudes y en los individuos hoy en día⁴².

Cuántos pacifistas y humanistas andarán cometiendo desafueros por los campos de batalla. La mayor parte de las convicciones y creencias que pregona el hombre, son simples actividades momentáneas, ropaje que se viste y desviste con mayor facilidad⁴³.

Aunque Semprún no llega al extremo de afirmar que el ser humano sea malo por naturaleza o, como señalaba Thomas Hobbes, que a la especie humana la caracteriza el odio, la envidia y el egoísmo, no obstante, admite, con cierto dejo escéptico, el desplazamiento de las cualidades perfectibles del hombre por el núcleo desencantador e inhumano.

A pesar de este desencanto propio para el intelectual zuliano, al fin y al cabo, la guerra, en su fuerte visión spenceriana, representa el único modo de progresar y mejorar la especie humana, pues ella permite acabar con los débiles y los mediocres; mal necesario, como dirían otros, por lo cual establece:

Si se pusieran a considerarla fría y agudamente con el solo entendimiento terminarían por apreciada como justas y naturales, y por excusar y hasta recomendar la guerra como un factor necesario a la evolución de las sociedades tal como la entienden los hombres de ciencia desde hace años⁴⁴.

De aquí se desprende que para que el ser humano se desarrolle y progrese, debe pasar necesaria y dolorosamente por ese valle de lágrimas; vale decir, por crisis y sufrimientos. El esfuerzo y el sacrificio, esto es, la vida dura, al aplicarse o experimentarse en los seres humanos, permite seleccionar, como en un proceso de destilación, a quienes serán aptos para vivir. Es lamentable que para avanzar, el ser humano tenga que asumir el dolor como parte de su existencia.

Así observamos, cómo va cediendo Semprún en algunos escritos respecto a los postulados humanistas que en su etapa Arielista le llevaron a demandar ante el mundo justicia, armonía, igualdad y libertad.

En esa misma dirección, en franca y abierta oposición al socialismo, el orden defendido en otrora, considera a ese modelo, con sus principios igualitarios, atentatorio contra los fueros individuales, castrador del ingenio y la creatividad. Al socialismo Semprún le contrapone la democracia liberal, entre otras razones porque ella reconoce los méritos, la trayectoria jerárquica y la capacidad de desenvolvimiento individual⁴⁵.

En esta segunda etapa, iniciada con la Primera Guerra Mundial, Semprún reorienta la visión que tenía sobre los Estados Unidos y de manera autocrática reconoce que no éramos los Arieles maravillosos, ni los norteamericanos obtusos calibanes enamorados de lo material⁴⁶. En ese sentido, considera que debemos ser más objetivos y realistas con ese país, tomando en cuenta y reconociendo los significativos

avances que han experimentado en todos los órdenes. Aún así, sigue considerando desde su espíritu y su dignidad latinoamericanista, que Norteamérica no es un modelo a seguir o patrón a aplicar en nuestra América: Nada de imitar. Debemos evitar las copias serviles.

Lo que tenemos es que comprender cómo han realizado tal proceso para alcanzar ese extraordinario desarrollo político, económico y cultural, precisando cual ha sido el papel jugado por la democracia, lo cual nos puede servir mucho para afrontar el porvenir⁴⁷.

Empero, a pesar de su escepticismo, paradójicamente sostiene, por otro lado, que la educación constituye el instrumento ideal para desarrollar y elevar en el ser humano la sustancia noble y altruista de su naturaleza, vale decir, sus cualidades perfectibles, lo cual implicaría reducir a su mínima expresión los aspectos destructores y egoístas también existente en ella. Se trata –señala– de cultivar las buenas cualidades de cada ser y refrenar las malas inclinaciones⁴⁸.

La coyuntura histórica que le correspondió vivir lo llevó de igual manera a reflexionar en torno a la temática del género y en ese particular, Semprún sostuvo que sobre las mujeres se han creado muchos prejuicios, formado concepciones siniestras y degradantes transmitidas por los antepasados peninsulares, que a su vez las aprendieron de la cultura árabe. Hemos cultivado históricamente, dice, el menosprecio hacia ese sector, por eso se tiene la idea de que son seres inferiores, débiles de músculo y de cerebro y, en consecuencia, incapaces de llevar a cabo un papel digno dentro de la sociedad⁴⁹.

El crítico zuliano, en abierto rechazo a esas especulaciones y criterios infundados, considera pertinente reivindicar el papel de la mujer en todas sus dimensiones, por lo que establece, asumiéndose feminista por convicción, que la mujer debe participar de manera firme y activa en el parlamento, en los sindicatos de las fábricas y otras instancias de la vida pública, ya que, bastante necias e injustas son las desigualdades que la tradición perpetúa en la vida privada⁵⁰.

La igualdad entre los hombres y las mujeres, sentencia de manera categórica, debe ser cabal y absoluta, pues es falso que la mujer sea débil e inferior, a pesar de haber vivido siglos enteros en gineceos herméticos, en serrallos de toda forma. Es menester por lo tanto, que la mujer participe, luche y se incorpore a la emancipación, a su emancipación⁵¹. Mientras el mundo irrespete a la mujer, afirma, éste será un mundo indigno, por lo que es necesario homologarla en derechos con relación al hombre.

Son interesantes estos pasajes del pensamiento sempruniano, sobre todo en una época y en un país abismalmente conservador y

tradicionalista, donde la línea del desprecio hacia la mujer constituye un lugar común, o dicho en otros términos, se considera al sector femenino un sujeto pasivo, domesticado, destinado a la inmanencia, al sufrimiento; tanto como decir que lo misterioso, lo ininteligible, lo diferente física y culturalmente, se reduce a la nada, al no-ser.

Con los criterios de defensa reivindicadora de la mujer, demandando la igualdad con los hombres, Semprún, evidentemente, se destaca de manera privilegiada en la historia del género en Venezuela, y contribuye, por supuesto, a la reorientación metodológica que adquieren posteriormente los estudios antropológicos en este país.

Como reflexiones finales deseamos destacar que si bien Jesús Semprún redimensiona el discurso político, no podemos dejar de reconocer el esfuerzo intelectual orientado a lograr una literatura realmente auténtica y con personalidad propia, como también su afán por reflexionar desde una perspectiva unitaria, soberana y liberadora latinoamericana con respecto a los centros hegemónicos del poder mundial.

En síntesis, podemos afirmar que Jesús Semprún tuvo la virtud de haber pensado hacer de nuestra América un espacio capaz de construir sobre su propia historia un orden cimentado en el bien, la justicia y la verdad.

NOTAS

1 Iniciativa con la cual los estudiantes zulianos responden al llamado expresado por el escritor uruguayo José Enrique Rodó en su emblemático manifiesto a la juventud americana: *Ariel*, publicado en 1900.

2 Esta agrupación literaria (1989-1904) se caracterizó por el rechazo al romanticismo de rigor académico que privaba en el ambiente de las letras americanas, al tiempo que asume la defensa del modernismo en Maracaibo. La vestimenta negra y cabellera larga fueron utilizadas como símbolos de rebeldía a los dogmatismos de la época. Ver: HERNÁNDEZ, Luis Guillermo y PARRA, Jesús Ángel, *Diccionario General del Zulia*. Edición patrocinada por el Banco Occidental de Descuento. Maracaibo, 1999, p. 1416

3 Gobernó a Venezuela durante dieciocho años, en tres períodos diferentes: 1870-1877; 1879-1884 y 1886-1888. Se destacó por haber dado impulso a un conjunto de reformas de carácter políticas y económicas orientadas a la modernización e integración del territorio venezolano.

4 Destacado médico parlamentario y escritor venezolano (1839-1921). Fue uno de los primeros en introducir en Venezuela los postulados del positivismo y del darwinismo. Así mismo se desempeñó como rector de La Universidad del Zulia en el período 1897-1900.

5 Según Belrose, La intelectualidad venezolana de la época manifiesta como rasgo característico la mezcla de criterios propios de diversas corrientes del pensamiento europeo y latinoamericano. Ver BELROSE, M., *La Época del Modernismo en Venezuela*. Monte Ávila Editores. Caracas 1991.

6 Ambiente propiciado por el modernismo, el cual, según José Antonio Castro, surgió como empresa de renovación ante una literatura que, como la española, estaba inmovilizada por el peso de un academicismo de retórica pseudoclásica.

La renovación para los modernistas latinoamericanos implicaba romper con los paradigmas tradicionales de la literatura. No obstante, ellos compartían rasgos comunes con la estética europea de fines de siglo XIX: El decadentismo Francés; el prerrafaelismo inglés y el dannunzismo italiano. Cfr. CASTRO, J.A. *Narrativa Modernista y Concepción del Mundo*. Comisión Presidencial para el Bicentenario del Natalicio del General Rafael Urdaneta. Maracaibo 1988.

7 SEMPRÚN, Jesús. Las Letras Nacionales en *El Cojo Ilustrado*, N° 371, Caracas, 1907, p. 352.

8 SEMPRÚN, Jesús. Sobre la muerte de la poesía en *Crítica Literaria*, Fondo Editorial Biblioteca de Autores y Temas Zulianos, Maracaibo, 1981, p. 342. De ahora en adelante identificamos esta obra como C.L.

9 C.L., p. 349.

10 SEMPRÚN, Jesús. Julio Calcaño y su obra literaria en C.L., p. 63.

11 SEMPRÚN, Jesús. Sobre la muerte de la poesía. C.L., p. 340.

12 SEMPRÚN, Jesús. Los románticos, C.L., p. 37.

13 Ibidem, p. 33.

14 SEMPRÚN, Jesús. Andrés Mata y su obra poética en C.L., pp. 131-145

15 SEMPRÚN, Jesús. Rufino Blanco Bombona y su Obra Poética, en C.L., p. 193.

16 SEMPRÚN, Jesús. El estudio del castellano, en C.L., p. 337-338.

17 SEMPRÚN, Jesús. La Revolución Francesa y Sudamérica en *El Cojo Ilustrado*, N° 460, Caracas, 1910, p. 29.

18 SEMPRÚN, Jesús. La muerte del Cisne, en Ob. Cit., N° 461, 1911, p. 139.

19 SEMPRÚN, Jesús. Actualidades, en Ob. Cit., N° 508, Caracas, 1914, p. 106

20 SEMPRÚN, Jesús. La Revolución Francesa y Sudamérica, en Ob. Cit., N° 460, 1910, p. 29.

21 SEMPRÚN, Jesús. Actualidades, en Ob. Cit., N° 540, 1914, p. 325.

22 SEMPRÚN, Jesús. El tema forzoso, en Ob. Cit., N° 553, 1915, p. 18.

23 SEMPRÚN, Jesús. El papel de los débiles, en Ob. Cit., N° 512, 1913, p. 212.

24 Cfr. SEMPRÚN, Jesús. El canal de Panamá, Tipografía El Cojo, Caracas, 1912.

25 SEMPRÚN, Jesús. La revolución de la independencia y la literatura, en C.L., p. 33.

26 SEMPRÚN, Jesús. Diálogo entre el viejo y el mozo, en *Visiones de Caracas y otros temas*. Ediciones Corporación Venezolana de Fomento, Caracas, 1945, p. 164. De ahora en adelante identificamos esta obra como V.C.

27 Ibidem, p. 185.

28 SEMPRÚN, Jesús. La revolución de la independencia y la literatura, en C.L., p. 59.

29 SEMPRÚN, Jesús. Julio Calcaño y su obra literaria, en C.L., p. 59.

- 30 SEMPRÚN, Jesús. El 19 de abril de 1810, en V.C., p. 68.
- 31 MARTI, José. Apuntes de viaje en *Nuestra América*, Biblioteca Ayacucho, Tomo N° 15, Caracas, 1985, p. 213.
- 32 SEMPRÚN, Jesús. V.C., p. 68.
- 33 SEMPRÚN, Jesús. Notas críticas, en V.C., p. 250.
- 34 SEMPRÚN, Jesús. El ensueño del hombre, en V.C., p. 218-219.
- 35 SEMPRÚN, Jesús. Rubén Dario, en C.L., p. 246.
- 36 SEMPRÚN, Jesús. El ensueño del hombre, en V.C., p. 215.
- 37 SEMPRÚN, Jesús. Futurismo, en V.C., p. 305.
- 38 Ibidem, p. 325.
- 39 Ibidem, p. 314.
- 40 SEMPRÚN, Jesús. A. Chapell: el socialismo y el pensamiento moderno, en el *Cojo Ilustrado*, N° 329, Caracas, 1905, p. 562.
- 41 SEMPRÚN, Jesús. Los millones y el trabajo, en *Ob. Cit.*, N° 513, Caracas, 1913, pp. 245-246.
- 42 SEMPRÚN, Jesús. La conflagración europea, en *Ob. Cit.*, N° 544, Caracas, 1914, p. 439.
- 43 SEMPRÚN, Jesús. El tema forzoso, en *Ob. Cit.*, N° 547, Caracas, 1914, p. 532.
- 44 SEMPRÚN, Jesús. El tema forzoso, en *Ob. Cit.*, N° 549, Caracas, 1914, p. 584.
- 45 SEMPRÚN, Jesús. Socialismo, en V.C., p. 224.
- 46 SEMPRÚN, Jesús. El Norte y el Sur, en *La Doctrina Positivista*, Tomo N° II, Ediciones Conmemorativas del natalicio del Libertador Simón Bolívar, Congreso de La República, Caracas, 1983, p. 508.
- 47 Ibidem, p. 526.

48 Ibidem, p. 152.

49 SEMPRÚN, Jesús. Feminismo, en V.C., p. 166.

50 Ibidem, p. 165.

51 Ibidem, p. 166.